



Capítulo Seis

Debate del Payaso

ΛΖΖΟΓΛΛΤ

Σύνταξη: Γιάννης Παπαδόπουλος
Μαρίνα Παπαδοπούλου

La pesada puerta de metal se abrió con un sonido, y alguien entró en la habitación, haciendo que Ariadna levantara la vista desde el interior de su «celda».

—...¿Olna?

—Princesa tonta... mira que regresar por tu cuenta.

Olna apareció en la tenue mazmorra subterránea, acompañada de soldados que portaban linternas. Sus ojos, llenos de lástima, se fijaron en la princesa atrapada como un pájaro en una jaula.

La vestimenta de Ariadna había cambiado a algo adecuado para la realeza. Ahora llevaba un vestido blanco puro, a diferencia de las ropas de calle que había usado mientras recorría la ciudad con cierto bufón. Aunque su vestido ceremonial acentuaba su belleza real, era completamente inapropiado para un lugar como esa mazmorra. La contradicción de su atuendo, la voluntad del rey de encarcelarla, o quizás las cadenas invisibles llamadas «destino» parecían atar el cuerpo juvenil de la chica.

Olna, ocultando sus emociones, entrecerró los ojos ante la lamentable vista y dio una señal a los soldados que custodiaban y vigilaban. Los soldados, aunque mostraban signos de desaprobación bajo sus cascos, no podían desafiar a la invitada del rey y entregaron las linternas antes de marcharse.

Dejada sola tras los barrotes de hierro, Ariadna, confinada para que nunca pudiera escapar de nuevo, esbozó una leve sonrisa.

—...Lo siento, Olna. Fuiste tú quien me ayudó a escapar del castillo, ¿verdad?

Una princesa impotente, escondida en lo profundo del castillo real como una noble protegida, no podría haber evadido los ojos de los soldados por sí sola. La ruta de escape para la chica que había huido del castillo por impulso había sido, sin duda, preparada por alguien en las sombras.

Olna no respondió. Pero su silencio y su mirada ligeramente baja revelaron todo.

—Eres una invitada, y aun así te arriesgaste por alguien como yo... Gracias, Olna.

Mientras la chica, sentada en el frío suelo de piedra, sonreía y expresaba su gratitud, Olna solo podía responder con silencio.

Después de un rato, en un intento por al menos devolver esa sonrisa, habló:

—...Tengo un mensaje para ti. De ese hombre extraño... Argonauta.

—¿Eh?

—No iba a decir nada... Sé que sus palabras solo te traerán dolor y tristeza porque él no sabe nada, pero...

Los ojos de Ariadna se apartaron de su sonrisa.

Las palabras de Olna estaban llenas de vacilación y justificación, una mezcla de comprensión y conflicto interno hacia la lastimosa princesa.

—Pero incluso en un mundo como este, hubo alguien que deseó que vivieras... Creo que tienes derecho a saber eso. —Y entonces, como una ofrenda Final—: «Princesa, vendré a verte otra vez. Definitivamente te encontraré y esta vez te haré sonreír genuinamente». —Transmitió el mensaje del payaso. Repitió las palabras del hombre que aspiraba a ser el héroe de la chica, con unos labios carentes de emoción.

Lentamente, las lágrimas se acumularon en los ojos de Ariadna, quien había permanecido inmóvil.

—Argonauta... qué hombre tan verdaderamente tonto. Una persona tan estúpida. ¡Es tan cruel y desalmado...! —En la tenue celda, numerosas luces se derramaron desde sus párpados cerrados. Aunque condenaba los sentimientos del bufón, sus lágrimas también reflejaban alegría y un dolor insoportable—. ¡Y aun así, es más amable que nadie...!

La voz de la chica, que apenas había sido audible, se convirtió en un lamento. Mientras Ariadna lloraba, cubriéndose el rostro con

ambas manos más allá de los fríos barrotes de hierro, la expresión de Olna se hundió en la tristeza.

—Olna... nunca entregaste su mensaje. Digamos que así fue.

—...Esa era mi intención desde el principio.

—...Gracias.

A la voz cargada de lágrimas, Olna respondió con emociones reprimidas. Dio la espalda a la chica, que ni siquiera podía levantar la vista y sonreír, y salió de la celda.

Puedo escuchar los sollozos... Mientras ascendía las escaleras, solo un sonido llegaba a sus oídos. *Los sollozos de la princesa, que ni siquiera ha cumplido dieciséis años... y debo fingir no oírlos.* En la cima de las escaleras, abrió la pesada puerta, la cerró silenciosamente, e instruyó a los soldados que esperaban que no la siguieran. Caminando sola por el pasillo, Olna Finalmente se detuvo.

—...Argonauta. Me corregiré. —Miró al cielo nocturno, donde la luz de las estrellas no ofrecía consuelo, y murmuró—: A quien más odio... es a mí y mi propia impotencia, que no puedo hacer nada...



—¿Le entregaste mi mensaje a la princesa?

Con una voz resonante que no prestaba atención a la agonía que la chica había soportado la noche anterior, el bufón no podía ser culpado por provocar una mirada de absoluto desprecio e irritación en Olna.

—¿Qué haces aquí...?

El lugar era una lujosa habitación en el castillo, bañada por la luz de la mañana. Sus muebles no eran menos opulentos que los de la familia real. En una era donde el lujo no estaba permitido, la habitación estaba equipada con un espejo pulido, un escritorio de ébano, una

gran estantería llena de valiosos libros, e instrumentos astrológicos incrustados con hermosos cristales y otros tesoros. Era una habitación de invitados preparada por el Rey Lakrios, ignorando los deseos del huésped que no deseaba tal lujo. Como pequeño acto de rebeldía contra el rey, los libros estaban abiertos sobre el escritorio y la ropa estaba desparramada sobre la cama.

La adivina, propietaria de la habitación, fulminaba a Argonauta con los ojos medio cerrados, la exasperación evidente en su rostro al enfrentarlo por irrumpir sin previo aviso.

—Esta es mi habitación. ¿Cómo la encontraste? Además, los «candidatos a héroes» deberían estar entrenando por la mañana, ¿no?

—¡Es que me lo salté! ¡La diferencia de habilidad es tan grande que solo me hace desesperar!

—Eres un perdedor honestamente repugnante.

Mientras sus ojos lo atravesaban con el frío reservado para la basura, Argonauta se le acercó descaradamente.

—Entonces, ¿le entregaste mi mensaje? ¡Claro que lo hiciste, ¿verdad?! ¡¿Cómo estaba la princesa?! ¡¿Se veía bien?! ¡

—...No le dije nada. No tengo ninguna obligación de hacerlo. —Olna hizo una pausa por un momento y luego lo cortó de manera tajante. Antes de que Argonauta pudiera responder, ella lo fulminó con la mirada, tan afilada como una aguja—. Si insistes más, llamaré a los guardias.

—Uh...

—Soy una invitada aquí, y preferiría no ejercer autoridad. Por favor, vete por cuenta propia.

La boca de Argonauta se torció en una mueca, y Olna, algo exasperada, le habló como si dijera: «¿Te das cuenta de lo fácil que sería para mí mandar que te decapiten?».

Dándole la espalda, lista para despachar al joven, de repente notó algo.

—...*Mirada fija*. —Argonauta fruncía el ceño, mirándola fijamente.

—...¿Qué pasa?

—Al igual que la princesa, eres una mujer que no sonríe. ¿Por qué la gente de este país es tan antipática, fría y terca?

—Puedo enojarme, ¿verdad?

Notando su mano apretada a pesar de su fría actitud, Argonauta rápidamente dio un paso atrás para mantener una distancia segura. Estaba seguro de que un golpe de esta amazona lo mandaría volando a un mar de inmundicia. No por algo su nombre era Argonauta, conocido por su debilidad y cobardía.

Tal hombre así de débil, a pesar de sus acciones anteriores, habló con una arrogancia desmedida:

—¡Ya me he decidido! ¡Voy a hacerte sonreír a ti también!

—¿Eh?

—¿Qué clase de hombre soy si no puedo hacer sonreír a dos chicas? ¡Si aspiro a ser un «héroe», esto debería ser pan comido! —Estaba ciegamente devoto a la idea de ser un «héroe». El bufón soñaba con el día en que se convertiría en uno. Su fe ciega y su sueño eran el camino hacia su ideal. Ya fuera consciente de sus limitaciones o no, su barco navegaba a través del mar sin límites.

Mientras Argonauta levantaba la voz con determinación, los ojos de Olna permanecían fríos.

—Entonces, ¿qué es esto? ¿Planeas engañar tanto a la princesa como a mí?

—¡Dicen que los héroes tienen un don con las mujeres! ¡Muy bien, lo voy a escribir en mi «Diario del Héroe»! «Argonauta comparte su corazón con dos chicas hermosas y las hace reír...»

—Por favor detente, tus tonterías me repugnan.

Cuando Argonauta sacó su diario y comenzó a garabatear con una pluma, Olna Finalmente tomó medidas directas. Extendió los dedos y pasó la parte trasera de su mano horizontalmente. Argonauta gritó, «¡Ay!» fingiendo un gran dolor.

—...Solo márchate ya. Lidar contigo es agotador. Realmente no quiero hacer nada. —Cansada de fulminar al joven como había estado haciendo, Olna suspiró profundamente—. En un mundo condenado a la ruina, nada tiene sentido, y todo termina en la futilidad.

Mientras Olna se daba la vuelta, revelando un perfil que parecía más el de un ermitaño resignado que el de una joven, Argonauta dejó su actitud juguetona y la observó atentamente.

—...Pareces diferente a la princesa. Ella parecía odiar la palabra «destino», pero tú pareces... nihilista. Se siente como si no hubiera esperanza en tus ojos.

—Gran deducción. Te daré crédito. Como adivinaste tan perceptivamente, estoy «desesperada». Desesperada de todo en este mundo.

Olna confirmó la percepción de Argonauta con un toque de sarcasmo. Incluso entonces, su rostro no mostraba el más mínimo rastro de burla.

—La era del hombre está llegando a su fin. Es mejor marchitarse como una planta, sin sentir nada, en lugar de sufrir por la desesperación que albergamos.

Olna era, de hecho, una chica que había olvidado cómo sonreír: una persona completamente opuesta al despreocupado, ruidoso y cómico Argonauta. Era una chica de hierro y hielo, que permanecería inexpresiva sin importar cuantas veces viera al payaso actuar en el escenario.

Al mismo tiempo, encarnaba la desesperación de la era actual. Argonauta cerró los ojos por un momento.

Después de ocultar el profundo resplandor carmesí, lentamente dirigió sus ojos despejados, nacidos de debajo de sus párpados, hacia la chica.

—...Eres una adivina, ¿verdad? Entonces, como último favor, quiero que adivines algo para mí.

—¿Ah, sí? ¿Para ti? ¿Para tu hermana? ¿O para la princesa que ha sido separada de ti?

Lo que el hombre buscaba no era ninguna de esas cosas.

—El futuro de este mundo.

—..... —El rostro de la chica, que había estado marcado por el sarcasmo y el desprecio, se transformó por primera vez en puro asombro.

—No sé exactamente de qué estás desesperada. Pero si tomo tus palabras al pie de la letra, estás desesperada por un mundo sin futuro. ¡Si es así, déjame liberarte de esa preocupación! —Con Olna sin palabras, Argonauta no cedió en su torrente de palabras. Como si dijera que reiría en su lugar si ella no podía, continuó con una sonrisa—. ¡Voy a refutar completamente cada pizca de tu pesimismo!

Lo que ofrecía era la ópera de un payaso. Si la audiencia —la chica— no sonreía, él la tomaría de la mano, la arrastraría forzosamente al escenario y bailarían con ella. Cantarían y actuarían de manera cómica, lucharían en absurdas peleas de espadas, hasta sacar emociones de la chica detrás de la máscara de hierro.

—Entonces, ¿qué pasa, Olna, la adivina? ¿Tienes miedo de ser superada por un simple canalla como yo?!

El telón ya había subido. La pequeña habitación, bajo la mano del payaso, se había transformado en un teatro. Con su capa ondeando, sonriendo sin cesar, y provocando audazmente, Argonauta hizo que Olna entrecerrara los ojos en una mirada fulminante.

—...Ah, ya veo. Ahora entiendo, Elmina, de qué hablabas, —murmuró suavemente la chica—. Así es como este hombre nos envenena. —Entendiendo la naturaleza de ese veneno, la chica adivina

aceptó la provocación del bufón—. Está bien... Te seguiré la corriente. Me uniré a esta farsa.

—¡Genial! ¡Entonces vamos a tener nuestro duelo de palabras, solo nosotros dos!

Sus dedos chasquearon.

El «Debate del Payaso» comenzó.

Con argumentos volando y animados intercambios, el payaso y la adivina chocaron con espadas de palabras, convirtiendo su debate en una representación teatral.



—La humanidad enfrenta la amenaza de la extinción. Este es un hecho indiscutible.

Tomando la delantera estaba Olna.

Su voz era como el tañido de cuerdas de hielo, un solo de invierno interpretado por la brisa de la nieve.

Negándose a dejar que Argonauta cediera su turno, ella lo confrontó con el estado actual del mundo.

—Muchas aldeas aún están ardiendo, destruidas y cayéndose a pedazos. ¿No es cruel e irrazonable esperar esperanza de esto?

—¡No, estás equivocada! ¡Mezclar «resignación» con «derrota» está matando el potencial humano! —contraatacó Argonauta. Su respuesta fue firme, su rostro adornado con una sonrisa desafiante.

Contra el viento frío del norte, él asumió el papel de un solista que retrataba el sol.

—Entiendo que temas, entiendo que tiembles. ¡Pero debemos luchar, nunca dispuestos a cometer suicidio! —cantó con confianza.

La melodía era su aliada. El bufón sabía exactamente cómo responder.

Con un flujo animado y rítmico, continuó sin pausa.

Como pájaros cantando juntos, su voz envolvió a la chica.

—¡Yo creo que elegir el camino de la autodestrucción es la mayor «locura»!

Sus oídos resonaron con una nota alucinada especialmente alta en las cuerdas.

Por un momento, los labios de la chica marcaron un breve silencio, apartando las cuerdas de hielo.

—...Sin embargo, hay quienes no pueden luchar, —Añadió, incluyendo sus propios sentimientos en un interludio tranquilo.

Pero el payaso no permitiría una balada lúgubre.

Se rio como una alegre brisa primaveral.

—¡Qué irónico! ¡Es como si me describieras! ¡Pero yo aun puedo alzar mi voz! —Confidentemente, sorprendió a la chica, extendiendo sus brazos ampliamente y cantando. —Eleva la risa, disipa la atmósfera sombría, ¡aplaude a los elegidos! ¡Incluso aquellos que no pueden luchar tienen mucho que hacer! ¡El mañana no vendrá para los que se quedan en silencio! —Siempre ruidoso, pero escondiéndose en la sombra de su hermana, el hombre encarnaba la voz del ánimo.

Aunque no podía luchar adecuadamente, hoy bailaba y cantaba felizmente, como antes.

Olna miró con irritación la persistente negación de Argonauta al pesimismo que decía que «nada se puede hacer».

—...Qué hablador. Realmente eres un hombre extraño, —murmuró en una mezcla de disgusto y cansancio.

—¡Jajaja! ¡Próxima ronda! —Argonauta cambió su risa por una melodía.

La primera ronda del debate había terminado.

Ninguno concedió la derrota.

No hubo intermedio.

Con el estilo despreocupado del hombre como un divisor, pasaron al siguiente movimiento.

—Tu supuesta esperanza es toda «sofistería». Lo que está ocurriendo en este mundo ahora es mucho más cruel, —el tono de Olna se hizo más fuerte, como si golpeará un teclado con fuerza. Su mirada se agudizó aún más, fijándose en el bufón como una cuchilla.

—El «Gran Abismo» en el extremo del continente. Incluso ahora, literalmente «monstruos interminables» están saliendo de él.

—¿Esa es la fuente de la destrucción del mundo?

—Así es, no importa cuántos matemos, las bestias nunca terminan. Es natural que la humanidad, más débil y finita, sea abrumada. La ruina es imparable.

—¿Eso es una predicción de tu adivinación?

—No, está predeterminado, una desesperación prometida. Los milagros no suceden. Así como yo perdí a mi madre, todos perderán a alguien.

Los acordes pesados de la desesperación resonaron. Superpuestos con melodías de resignación, la luz se desvaneció, y solo la oscuridad oculta en la chica emergió en el escenario. En respuesta, el hombre cantó las sagradas historias de héroes.

—¡Eso no es cierto! ¡Almas valientes como los Caballeros de Fianna aún existen en este mundo!

—He oído hablar del valor de los Caballeros de Fianna, pero sus acciones son en última instancia locales. El gran esquema permanece inalterado.

—¡Entonces, si así están las cosas, si las voces de los «héroes» se unen, crearán un rugido que superará el «infinito»! —La voz de Argonauta se elevó para cubrir la hoja argumentativa de Olna. Con-

virtiéndola en un grito de batalla, proyectó su visión de paisajes esperanzadores—. ¡Mientras la gente siga gritando, continuarán surgiendo nuevos «héroes»! ¡Ellos son la espada de la humanidad contra cualquier monstruo, la luz que desterrará esta era oscura!

—Eso nunca sucederá. Tales fantasías existen solo en las páginas de los libros, —Olna cortó el paisaje imaginario de Argonauta con la hoja helada de la realidad.

Las multitudes que daban la bienvenida al héroe triunfante, y los innumerables pétalos danzando en el aire, se convirtieron todos en miserables trozos de papel cubiertos de polvo.

—Los cuentos heroicos no son más que cuentos para la hora de dormir... La realidad es mucho más cruel, apagando los brotes de nuestras esperanzas, —declaró Olna.

Era una amarga verdad. Muchos libros, adornados y dorados, habían ofrecido dulces sueños y una falsa valentía a las generaciones futuras. ¿Cuántos héroes verdaderos existieron en la historia pasada? Solo los cielos podrían decirlo.

El mundo actual se encontraba en una «era de desesperación», decididamente no una «era de héroes».

—¡No hay «dioses» en este mundo devastado por monstruos!

La chica no tenía fe ni doctrinas a la cual aferrarse. La vidente, que nunca sonreía, pronunció esto con sus oscuros ojos que leían las estrellas.

Siguió un momento de silencio. Esta vez, Argonauta cayó en silencio, su canción se apagó, cediendo a una pausa de contemplación tranquila. Sin embargo, esto era solo un preludio para el siguiente giro dramático.

—¿No hay «dioses», dices? Entonces déjame preguntar: ¿qué son los «espíritus»?

—¡.....!

Olna se encontró sin palabras por primera vez en este debate en su escenario privado.

—¿Por qué los tejedores de milagros de los cielos nos prestan su poder? Con sus incomprensibles fuerzas místicas, ¿por qué nos salvan?

En este mundo, las manifestaciones de la naturaleza —fuego, agua, trueno y viento— claramente encarnaban milagros. No pertenecían a ninguna raza, pero parecían actuar como si fueran guiados por voces celestiales, ayudando a la gente contra los monstruos. Olna sabía esto bien. Incluso alrededor de Lakrios, había rumores de estos «espíritus».

Los espíritus existían. Su presencia estaba enraizada en lugares donde Argonauta y otros podían sentirlos.

—¿No se debe eso a que existen «dioses»? ¿No podría su mera presencia ser prueba de «dioses»?

—.....

—¡Si los dioses nos están vigilando desde los cielos, debemos hacerlos reír!

El hombre, también, no tenía fe a la cual aferrarse, ni doctrinas que sostener. Sin embargo, debido a esto, el bufón bailaba de forma cómica. Soñaba con el océano celestial y sus seres sobrenaturales dormidos y resolvía hacer reír incluso a estas entidades trascendentes. Elevó su voz, agitó sus manos y pies, y se desató en el escenario.

Los llantos se convirtieron en vítores. La tragedia en comedia. Para convocar las bendiciones de un nuevo comienzo, interpretó la marcha de un payaso, acompañado de una flauta tosca.

—¡Es a través de las historias tejidas por la humanidad! ¡Debemos demostrar una voluntad firme de que este mundo no está destinado a la destrucción!

—¿Historias tejidas por la humanidad...?

Frente a la chica que se había quedado paralizada, Argonauta extendió su mano derecha.

—¡Olna, la vidente! ¡Este mismo momento es una «Leyenda Heroica»! ¡Nosotros nos convertiremos en las nuevas leyendas, enlazando con el futuro! —Y con eso, el bufón proclamó el nombre de la «esperanza» que él creía que iluminaría el mundo—. ¡Con eso, tu «desesperación» y toda la oscuridad del mundo serán borradas!

Ahí terminó su guerra de palabras. La melodía de la fantasía se desvaneció, y las luces del escenario se atenuaron. El silencio fue todo lo que quedó.

La chica nunca alcanzó la mano que el hombre extendía. En cambio, lo miró fijamente.

—...¿Guiar a toda la humanidad hacia una Leyenda? ¿Es por eso que existen los «héroes»?

—Así es, el mundo necesita «héroes». —Argonauta asintió solemnemente—. ¡Pero si nadie más da el paso, entonces no tengo más opción que hacerlo yo mismo! ¡Eso es lo que significa! —Luego, rápidamente recuperó su sonrisa arrogante y declaró orgullosamente sus aspiraciones heroicas, sonriendo y mostrando sus dientes blancos.

—...Me rindo.

—¡Oh, ahora lo entiendes!

Al escuchar a Olna ceder en voz baja, Argonauta intentó tomarle la mano extendiendo ahora su izquierda también, como ofreciendo una segunda oportunidad, pero...

—Sí, entiendo perfectamente cuán delirante es tu mente florida, superando la mera retórica grandiosa.

—¡Uf!

—Estás fantaseando a un nivel más allá de mi alcance. El error fue pensar que podría ganar desde el principio.

El payaso cayó al suelo junto con sus manos. El desdén de la chica se había transformado en profunda exasperación.

Mirando al joven que había colapsado, suspiró como si fuera una pérdida de tiempo.

—...Pero sí, en efecto. Nunca ha habido alguien que hable de esas fantasías en serio. —Hizo una pausa breve, apartando su largo cabello negro y dejándolo fluir detrás de sus orejas, entrecerrando los ojos como una bruja—. Muy bien, Argonauta. Te conferiré una «profecía».

—¿Una «profecía»...?

—Sí, una «profecía» risible. ¿Has oído hablar de los «Yermos de Karunga»?

—Por supuesto... el próximo campo de batalla donde la capital real contendrá con los invasores. Nosotros, los «candidatos a héroes», nos dirigiremos allí en tres días, es el escenario de la guerra.

Argonauta lo conocía como el nombre de la prueba Final impartida por el rey Lakrios, una extensión desolada al sur de la exuberante capital real.

—Directamente al norte de los Yermos de Karunga, justo cuando se sale del extremo sur de la capital real, hay un cañón escarpado. «Algo» está destinado a ocurrir allí.

—¿«Algo»...?

—En mi adivinación, revela que tu «persona esperada»... no, tu «destino» te espera allí. —Aunque sus labios no sonrieron, sus ojos permanecieron entrecerrados, como si se rieran internamente.

Ofreciendo un enigma, la vidente profetizó el destino del payaso.

—Si ves «eso» y aún no has caído en la desesperación, te diré el paradero de la princesa.

—¡¿.....?! ¿¿Es eso cierto!?

—Sí. Si no has caído en la desesperación, claro está.

—..... —Se inclinó hacia adelante con entusiasmo ante la expresión seria y la promesa de Olna, pero pronto se quedó congelado, visiblemente sorprendido.

Los ojos de la chica que encontraron los suyos estaban dominados por una resignación seca.

—Argonauta... realmente eres el tipo de persona que me desagrada. Ojalá tu rostro despreocupado pudiera ser marcado por la tristeza y retorcido en fealdad. —El desprecio aún adornaba el rostro de la chica.

Sin embargo, lentamente, ese desdén se desvaneció, revelando un breve desbordamiento de tristeza y desesperación ocultas.

—...Y tal vez entonces, podrías simplemente escapar de todo. Eso es por lo que estoy rezando.